
Náufrago

José Calero



Verdaderamente, uncir una caballería al carro es una obra de arte, Andrés. Hoy lo puede comprender poca gente porque ya no quedan carros ni mulas que uncir. Hoy se da media vuelta a la palanca del tractor y ya está... Le han robado la poesía al campo... Antes, el campo y la ciudad eran dos cosas opuestas. En la ciudad estaban los coches, los camiones, las máquinas, que arrancaban con sólo girar una llave. En el campo estaban las caballerías, los carros, los arados, las trillas, cuya puesta en funcionamiento exigía todo un ritual minucioso y fascinante.

La mula se aparejaba en la cuadra: primero el mandil y el collarón, bien atados, independientemente y uno con otro; después, la camella con los tiros de cadena; todo eso en el cuello. Sobre el lomo, el colchao y la silleta, abrazada a la barriga por la cincha. En los cuartos traseros, la retranca, liberando la cola para que pudiera sacudirse las moscas. Y, en la cabeza, el cabezal, con las anteojeras puestas, no fuera a espantarse.

Así preparada, se sacaba a beber agua en el pilón del patio, a sorbos cortos. Después, ya en el porchao, se la cuadraba delante de las varas del carro. Lo que seguía era difícil para una persona no experimentada: con la mano derecha había que levantar las varas; con la izquierda, agarrando el ramal, hacer que la caballería reculara («sajara» se decía en tu pueblo, Andrés; el diccionario de la Real Academia pone «cejar», un término cuyo empleo se te hace cuesta arriba). «Saja, sajatrás, mula, saja...» suave, tranquilamente, hasta acomodarla justo debajo de ellas, de manera que la zofra descansara sobre la canal de la silleta. Y, enseguida, agachándose por debajo del animal, se abrochaba la barriguera para que el carro no se volcara hacia atrás. Luego, ya sin prisa, un tiro..., un zajaor..., el otro tiro..., el otro zajaor...; y los ramales, convenientemente metidos por las anillas de la silleta...

Sólo entonces, Andrés, podía arrancarse el carro y conducirse, si la carga era delicada, a pie, junto a la vara

izquierda, para echarle mano en cualquier bache y mantener su equilibrio; o sentado sobre ella, con las piernas colgando, si el trayecto era corto y sin peligro; o montado en la caja, cómodamente arrellenado sobre el tablero, sobre un corvo vacío puesto boca abajo, o sobre unos haces de alfalfa, de panizo, de esparto...

Cuando acarreabais la mies no podíais montar, Andrés. Con cuatro o cinco cercos de haces sobre el estacado, más la traba y las bolsas; con las dos caballerías uncidas (la Romera en varas y el Voluntario en los tiros) y los malos caminos que había en el Ardal, tu padre se aferraba a los ramales y a la vara para ir sorteando los socavones y amortiguar los grandes bandazos que, como una barquichuela a merced de las olas, daba el carromato, sin parar de gritar («Rea, Voluntario, rea... ¡Tomá, Romera, tomá...! ¡Uó, uó, macho, uóooo! ¡Areeee...!»), mientras tú o tu hermano (tu hermano casi siempre), colgados materialmente en la zaguera, amasados en polvo y sudor, hacíais lo imposible por frenar las ruedas en las bajadas, conscientes de vuestra gran responsabilidad, hasta dejaros a veces la piel de las manos pegada a tiras sobre el cordel de la máquina...

A ti te gustaba uncir el carro, Andrés, o aparejar los arres para terciar, para surquear, para labrar viña, o, simplemente, para ir a la huerta, con la albarda y el serón... Y te gustaba regar, segar el trigo...; y trillarlo, aventarlo, acibararlo, medir el grano y subir los costales a la cámara... Te gustaba desde muy pequeño cuando, recién echado a andar, ya salías corriendo a esperar a tu padre para que te montara sobre la mula... ¡Y tu madre empecinada en apartarte de la tierra por todos los medios! Por hacerte un bien, hijo mío, porque el campo es una esclavitud, que ya ves tu padre y tu hermano, por más que tú vales, hijo, desde chico se te notó la idea, de siempre lo ha dicho don Salvador: tu hijo tiene vocación, Consuelo, ése va para sacerdote y quién sabe si para más, que yo soy perro viejo y conozco bien el paño, eso dice, y

es un honor, Andrés, tener un hijo sacerdote, que cuántas madres lo quisieran para sí; ya lo decía tu abuela: el primero para el campo, Consuelo, el segundo para Dios, que buen papel le harías a tu padre, pero qué le vamos a hacer, todo, él y yo y Paco estamos dispuestos a sacrificarnos lo que sea, con tal de hacerte un hombre de provecho...

Y tú, ¿qué podías hacer, Andrés, que no fuera callar? Siempre pensaste que el mandarte al Seminario había sido una confabulación de tu madre y don Salvador, con el consentimiento tácito de tu padre (lo peor de tu padre es que, como tú, siempre callaba), fraguada día a día en aquellas visitas mensuales que hacíais al cura...

—¿Y por qué no va Paco?

—¿Paco? —inquiría tu madre, frunciendo el ceño— ¿Y para qué va a ir Paco, si se puede saber?

Y tú callabas pensando que sí; que, la verdad, para qué iba a ir Paco a ver a don Salvador... Porque Paco, tu hermano, era otra cosa. Paco era tres años mayor y se juntaba con la pandilla del barrio para jugar al fútbol en las eras o apedrearse en los atrases o coger nidos en la pinada del Piquito... Paco, tu hermano, era moreno y fuerte, comía mucho y sabía decir palabrotas como los hombres; tú, en cambio, eras rubio y enclenque, tenías que desayunarte cada mañana con una cucharada de aceite de hígado de bacalao y no sabías decir palabrotas, sino los latinajos de misa... ¡Cuántas veces, cuando había que regar el cáñamo o el panizo, habías oído entrar a tu padre silenciosamente en el dormitorio, a las tres o las cuatro de la mañana, y, rodeando la cama, dirigirse al lado de tu hermano!:

—¡Paco! ¡Paco!... Vamos, que ya está la mula en la calle...

Tu hermano se incorporaba, vistiéndose un pantalón de pana, un jersey recio, una chaqueta vieja, y salía camino de la cuadra, camino de la huerta... Y tú te quedabas desvelado de envidia y de rabia... («No, Andrés no, que se resfría por menos de nada y tenemos que andar de médicos...»). Era la voz apagada de tu madre...

Tu madre, todos los primeros viernes de mes, llenaba cuidadosamente un cesto de caña de lo que había más a mano: albaricoques en mayo; cerezas, melocotones, peras y manzanas en junio; tomates, pepinos y pimientos en julio; melocotones en agosto; uvas de moscatel, de valdepeñas, de rojal, en septiembre; nueces en octubre; y, en el invierno, patatas, habichuelas, garbanzos, lentejas y algún conejo o pollo de añadidura. Lo tapaba con un paño blanco y, con él en una mano y contigo en la otra, os encaminabais a la casa parroquial.

Don Salvador os hacía pasar al despacho. Allí, tú te quedabas en pie observando, deslumbrado, los cuadros, los lomos de los libros, meticulosamente alineados, los relucientes objetos de escritorio, mientras tu madre se sentaba muy tiesa, con el cestico al lado, esperando que el cura le preguntara por la familia. Cuando, tras las frases rituales, se cernía sobre ambos un silencio penoso, ella alargaba la ofrenda, que don Salvador vaciaba en la cocina entre falsas protestas y frases de agradecimiento. Cumplidos estos requisitos, se inclinaba, sonriente, hacia ti, preguntando con voz atiplada:

—Y a este angelito..., ¿qué le voy a dar yo a este angelito? —mientras de un cajón lateral de la mesa sacaba una estampita que, tras acercarla a tus labios para que la besaras reverentemente, la depositaba en tus manos con

la solemnidad del que está entregando en público lo más valioso que posee.

—¿Cómo se dice? —inquiría tu madre, sacudiéndote del brazo.

Y tú, ensimismado con los colorines del nuevo ejemplar, volvías en ti para pronunciar:

—¡Acias! —lo que, a tus tres años, hacía las delicias del santo varón y de su hija espiritual...

Y así un mes, y otro, y otro... Y un año, y dos, y tres... Tú almacenabas las estampitas en una caja de zapatos, como si fueran billetes con que comprar aquel paraíso de niños buenos, obedientes y callados de que te hablaban todos los días en la catequesis, en la escuela y en tu casa. No se las enseñaste ni a tu hermano, suponiendo vagamente el poco interés que mostraría por tu tesoro celestial; pero, cuando estabas solo, aburrido, buscabas la forma de escabullirte hacia la cámara, sacabas la caja de debajo del arcón y, sentado sobre el suelo de yeso, contemplabas detenidamente cada una de las piezas de aquel original rompecabezas, el único juguete de tu infancia, combinándolas, distribuyéndolas y ordenándolas en sus infinitas posibilidades: A la derecha los santos, a la izquierda las santas, con Jesucristo y la Virgen en medio, igual que los feligreses en la misa mayor de los domingos. O como los soldados de un ejército: a la cabeza Dios Padre, seguido de su Unigénito Hijo, María Santísima y San José, con todos los santos a retaguardia y los ángeles a los flancos, custodiándolos y amparándolos con sus alas. O en círculos concéntricos, como una abigarrada y policroma ruleta de azar...

Allí estaba el Niño Jesús en posición de bendecir unas palomas que le ofrecían dos rollizos angelotes: «¡Jesús, defende mi pureza!»; el Niño Jesús acariciando una sonriente oveja: «Sed mansos de corazón»; el Niño Jesús predicando a un coro de infantes, rubios como tú, Andrés, arrodillados en el suelo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»; Santa Teresita del Niño Jesús abrazada a un crucifijo y a un ramo de rosas: «¡Quiero ser santa!»; el Ángel de la Guarda defendiendo a un niño de un demonio con cuernos y rabo que le muestra un libro:

*«Los libros malos a muchos
les traen la condenación.*

*Antes de leer un libro
consulta a tu confesor»;*

el Ojo de Dios, triangular, derramando un chorro de luz blanquísima sobre un niño que reza sus oraciones al pie de la cama: «Harás la señal de la Cruz y rezarás tus oraciones, sin prisas y con devoción, por la mañana y por la noche»; el Niño Jesús coronado de espinas y con la cruz a cuestas: «Si alguna vez llegas a pecar mortalmente, es como si me azotases, coronases de espinas y clavases de nuevo en la Cruz; pierdes el derecho a estar conmigo en el Cielo eternamente y te fraguas tu propia condenación»; la Virgen del Carmen y el Niño repartiendo escapularios a una multitud: «Hazte imponer alguno o algunos escapularios por un sacerdote que tenga facultad para imponerlos. Mejor que sean más de uno, por ejemplo el del Carmen, Corazón de Jesús, Corazón de María o San José»; San Estanislao abrazando al Niño Jesús y un ramo de azucenas: «Soy devoto de María»; santa María Goretti con las manos cruzadas sobre el pecho: «¡El pecado no, no y NO!»; Santa Cecilia; San Tarsicio, San Luis Gonzaga; Santa Inés, Virgen; Santa Bernardita; un grupo de jóvenes abanderados: «Acción Católica. ¡Viva Cristo Rey!... Y un

largo etcétera, Andrés. La enumeración de tan pintoresca baraja de mitos infantiles te llevaría muchas páginas, al fin y al cabo inútiles, piensas, porque siempre has creído que tus estampas, igual que los cromos, los juguetes, los vestidos, los escenarios y hasta los sueños de niño, encojen con el tiempo y pierden, como los pétalos apesados entre las páginas de un libro, su aroma y sus colores...

Hubo una época en que la conversación entre tu madre y el cura contenía variantes que empezaron a inquietarte. Un día:

—¿Usted cree que el chico...?

—Sí, mujer, sí. No te preocupes. El chico...

Y tú callabas. Otro día:

—¿Y qué ropa cree usted que...?

—Tú tranquila, mujer; no te impacientes. Ya te avisarán de todo...

Y tú callabas. Y al mes siguiente:

—¿Y podrá venir de vez en cuando, padre?

Y al otro:

—Entonces, ¿los libros...?

Y tú callabas... Y así durante meses, hasta que un día, en vez de la estampita y la palmada en el pescuezo, don Salvador te atrajo hacia sí y, agarrándote por los hombros con sus manazas de gigante, te soltó a bocajarro:

—Bueno, ¿y qué dice el mozo? ¿Tú estás de acuerdo en ir al Seminario?

Fue tal la perplejidad en que te sumió pregunta tan directa e inesperada, que agradeciste la salida al quite de tu madre:

—¡Dejará de estarlo, padre! ¡Qué cosas dice usted!

—Lo celebro, lo celebro —replicó don Salvador, dándose por satisfecho. Y añadió, palmeándote la espalda, signo inequívoco, y ansiado por ti, Andrés, de despedida: —Allí tendrás muchos amigos. Ya verás qué bien te lo pasas...

Y aquel día te pareció que dejabas de ser niño, porque no hubo estampita. Y nunca más la habría...

A la mañana siguiente, a las nueve, en la puerta de tu casa, don Salvador, tu madre y tú, con la maleta, subíais en el coche de Justo, en el de punto, Andrés, acuérdate, que sólo se utilizaba en el pueblo por razones excepcionales (un enfermo grave, un emigrante que tiene que coger el tren para Barcelona, las hijas de don Simón que vienen de vacaciones...) y enfilabais la polvorienta carretera que conducía a la capital. No hablaste nada durante el trayecto, aunque tu mutismo empezaba a no ex-

trañarle a la gente, pero, en el asiento delantero, junto al conductor, abstraído de la ronroneante conversación de tu madre y el cura, mirando por la ventanilla, pudiste despedirte, a tus anchas, de lo único que sentías abandonar: el campo.

El sol, poco elevado sobre el horizonte, iluminaba oblicuamente la llanura, envolviéndola en un resplandor amarillento y otoñal. Las sombras de las oliveras, de las cepas, de los majanos, prolongadas, dormidas todavía sobre la húmeda tierra, oscurecían los viñedos como si en ellos no hubiera empezado a amanecer. Te costaba trabajo identificar los parajes que tantas veces habías atravesado con tu hermano y con tu padre camino del bancal del Conjuro. El coche sorbía ávidamente el campo y el desfile de los surcos, las lindes, los ribazos, era tan rápido que apenas te daba tiempo a reconocerlos... Veías ya en lontananza, junto a la carretera, diminutos aún, los dos inconfundibles almendros bajo los cuales se extendía vuestra viña y, mientras se agrandaban paulatinamente ante tus ojos, conforme enfilabais la recta del majuelo del Curro, recordaste cómo el año anterior, cogiendo las almendras con tu hermano, se había resquebrajado la rama de la que pendías, casi en la copa, y habías caído con gran estruendo al suelo, la ropa rasgada, los huesos quebrantados, la piel arañada y amoratada... Pero no habías llorado, Andrés. ¡No habías llorado! Y aquel día te consideraste tan hombre como él, como Paco...

—Diles adiós, nene, que están vendimiando ahí —oíste a su madre.

Viraste la cabeza hacia la izquierda y, tras el rostro amoratado de Justo, el conductor, todavía alcanzaste a ver varios cuerpos menudos emergiendo entre un mar de pámpanos, agitando, como náufragos, desesperadamente, las manos. Buscaste con avidez la silueta de tu hermano y le gritaste braceando: «¡Paco! ¡Paco!», porque querías que te viera; porque querías decirle adiós muy especialmente, sin saber con exactitud por qué; quizás porque él era el único que estaba en el secreto de que ya eras un hombre, no un crío... Tu madre no pudo menos que llamarte al orden y tú volviste a hundirte en el asiento, disimulando unas lágrimas y pensando, a tu manera, que no eran ellos, los vendimiadores, los náufragos, sino tú, y no en un mar de pámpanos precisamente... ¡Qué más hubieras querido, Andrés!

Octubre de 1979